

¿Hubo alguna diferencia en el uso de espacio público entre los grupos de ingresos alto y bajo? El cuadro 5 muestra en qué forma cada uno de los cinco grupos hizo uso de estrategias tanto públicas como no públicas. El patrón es obvio: a mayor ingreso, menor uso de espacio público. Los barrios de ingreso alto dependían exclusivamente de estrategias no públicas, lo que equivale a decir que tenían una sola forma de respuesta: el teléfono. Su implementación fue siempre individual, nunca requirió coordinación de grupo y no se realizó fuera del hogar.<sup>9</sup> Los barrios de ingreso medio alto también dependieron de estrategias no públicas durante más del 75% del tiempo. Por el contrario, resulta notable el uso de espacio público como estrategia en los tres grupos de bajos ingresos: se convirtió en elemento fundamental en la lucha por un mejor servicio de agua.

CUADRO 5

USO DE ESPACIO PUBLICO EN LA LUCHA POR  
MEJORES SERVICIOS DE AGUA EN MONTERREY  
(POR BARRIOS, SEGUN GRUPO DE INGRESOS)  
1973-1985

Gpo. de Ingresos	Barrios que utilizaron Espacio público		Barrios que no utilizaron Espacio público	
	No.	%	No.	%
Alto	0	0	10	100.0
Medio alto	4	20.0	16	80.0
Medio bajo	29	63.0	17	37.0
Bajo	44	74.6	15	25.4
Marginal	8	61.5	5	38.5
Desconocido	4	50.0	4	50.0

FUENTES: *El Norte, El Porvenir*, 1973 a 1985

Existen dos explicaciones ante esto. La primera es que el uso de dicho espacio varió en relación inversa con la calidad del servicio: a menor cantidad de agua disponible en un barrio, más vigorosa era la protesta pública generada en respuesta. La segunda es que las manifestaciones públicas también variaban en relación inversa con el poder de clase: a mayor poder de clase, menor necesidad de manifestar en forma pública. El hecho de que las colonias de ingreso alto dependieran exclusivamente del uso del teléfono así lo sugiere, aunque el empleo intenso del teléfono para reportar deficiencias en el servicio contribuyó ciertamente a atraer la atención pública hacia el problema. Los barrios de bajos ingresos tuvieron dos limitaciones en lo que respecta a esta estrategia: primero, los teléfonos particulares disminuían con el ingreso; y segundo, existía la probabilidad de que una llamada individual para reportar problemas en el servicio de agua tuviera una respuesta retardada o nula si provenía de una colonia de estas características. Y por ello, si deseaban que su protesta fuese efectiva, debían extenderla hacia la arena pública.

Un último punto que hay que considerar acerca del uso de espacio público se relaciona con el papel central de la mujer en la lucha. Las mujeres fueron las principales protagonistas en dos terceras partes de los incidentes en que se utilizaron esos espacios entre 1973 y 1985.<sup>10</sup> Dado que el agua es un instrumento básico en el trabajo femenino dentro de la esfera de la reproducción (para cocinar, hacer la limpieza, lavar ropa, bañar los niños, etc.), cuando existe un abasto irregular e insuficiente durante cierto tiempo es lógico que las mujeres sean las primeras en hacer algo al respecto. Esto queda confirmado con los datos sobre Monterrey.

La participación de la mujer en esta lucha ayudó a determinar la naturaleza de las estrategias utilizadas. Cuando los

obreros de una fábrica, los maestros o los conductores de autobús pugnan por mejorar sus condiciones laborales, eligen estrategias que impacten en las autoridades competentes: pueden declararse en huelga, cerrar la fábrica o las escuelas, paralizar el sistema de transporte; es posible que utilicen el sabotaje o el tortuguismo, afectando el índice de acumulación o el proceso productivo. Incluso en áreas tan distintas como la labor fabril y la conducción de autobuses, los trabajadores eligen estrategias similares: consisten en la interrupción o desestabilización del proceso laboral, o en amenazar con hacerlo. Las amas de casa de Monterrey probaron ser como cualquier otro trabajador: en su lucha por mejorar el servicio de agua gestaron estrategias que provocarían respuestas, y su selección estaba íntimamente relacionada con su papel en la sociedad.

Cuando las amas de casa se dispusieron a combatir por el agua hubo dos escenarios lógicos para su lucha: su lugar de trabajo y la oficina central de las autoridades. El espacio laboral de un ama de casa lo forman su hogar y su vecindario. Sin embargo, los responsables de los servicios urbanos de agua por lo general no estaban ubicados en barrios de clase obrera, y en consecuencia la lucha se desarrolló en dos frentes.

Cuando la búsqueda de estrategias por parte de las amas de casa se realizaba en su espacio laboral, se limitaba a su barrio. Algunas de las estrategias que se repitieron con frecuencia en Monterrey fueron ejemplos claros de cómo responde la mujer a condiciones laborales inadecuadas en su lugar de trabajo.

Los dos mejores ejemplos consistieron en el bloqueo de avenidas y el secuestro de vehículos y de personal relaciona-

do con el servicio de agua. En el primer caso, las mujeres utilizaron espacio público dentro de su entorno laboral para interrumpir su flujo de vida normal, lo que se asemeja al recurso obrero de declararse en huelga y manifestar en el exterior de la fábrica. Las mujeres utilizaban tinajas, toneles y sus propios cuerpos para obturar las calles durante algunas horas. Elegían con sumo cuidado la arteria más transitada, dentro o cerca de su barrio, y paralizaban el tráfico no sólo para los particulares sino también para la industria y el comercio. Mediante la acción dentro de su área de trabajo lograban un impacto que la trascendía, con una especie de efecto de onda expansiva que podía ser muy vigoroso.

En el segundo caso, aún sin salir de su espacio laboral, las amas de casa afectaron en forma temporal la productividad de la autoridad competente. Los vehículos y el personal que eran secuestrados y mantenidos como rehenes no podían continuar con su labor, ya fuera de reparación, mantenimiento, lectura de medidores, u otras tareas. Secuestraban camiones pipa pertenecientes tanto al sector privado como a las diferentes agencias estatales y municipales. Tal estrategia era posible porque los mencionados elementos circulaban por los barrios de clase obrera con regularidad. En cada caso las amas de casa limitaban no sólo la productividad de la unidad, sino también alteraban la distribución del agua y las tareas de reparación en otros barrios, lo que llevaba de nuevo un efecto de onda expansiva.

Por lo común, cuando las amas de casa deseaban una confrontación directa con las autoridades competentes, debían abandonar su sitio de trabajo. Existía en Monterrey una gama de instancias y funcionarios públicos a las que podían dirigirse: incluía al gobernador, alcalde, las diversas dependencias a cargo del agua, la oficina municipal encargada del en-

vío de agua en camiones, etc. Entre ellos, fueron el gobernador del estado y la autoridad a cargo del agua quienes resultaron abordados con la mayor frecuencia, lo que indica que se tenía una clara comprensión de la estructura de poder en la ciudad respecto a los servicios en cuestión: ambas instancias eran las más aptas para tomar y hacer cumplir las decisiones que podían resolver los problemas.

Un incidente ocurrido en el verano de 1978 proporciona una buena muestra del uso variado del espacio público para protesta. En agosto, un nutrido grupo de amas de casa proveniente de más de ocho colonias de bajos ingresos reclamó ante el palacio de gobierno ya que habían estado varias semanas sin agua. Para lograr su objetivo, lavaron su ropa sucia en la fuente del palacio, y amenazaron con hacer uso de las fuentes públicas de la ciudad tanto para su ropa como para bañar a sus niños. Asimismo, amenazaron con llevar su problema a niveles burocráticos más altos en la ciudad de México si no les suministraban pronto agua. Tuvo un efecto inmediato. Los residentes lograron entrevistarse con el director de SADM: accedió a incrementar el número de camiones con agua para sus barrios, admitiendo que la dependencia a su cargo no podía proporcionarla por tubería (*El Norte*, 29-VIII-1978).

Para 1979 la poco equitativa administración del sistema hidráulico había causado una crisis evidente. A partir de 1979, con el inicio de una severa sequía, el servicio de agua sufrió un verdadero deterioro, y se impuso el racionamiento por segundo verano consecutivo (*El Porvenir*, 2-VII-1979; *El Norte*, 10-VII-1979). Las protestas populares aumentaron, ya desde los inicios del verano. Para julio los residentes se habían lanzado a las calles, bloqueando avenidas, protestando ante las oficinas de SADM y en el palacio municipal (*El Nor-*

*te*, 19, 20 y 26-VII-1979). Por primera vez la respuesta generalizada por la falta de agua se prolongó durante el otoño y el invierno (*El Norte*, 21-XI, 6-XII, 9-XII, 11-XII y 14-XII-1979).

En 1980 aumentó la respuesta popular. Por primera vez la población se empezó a movilizar desde febrero y marzo. En 1980 hubo 60% más de incidentes relacionados con los inadecuados servicios de agua que en 1979, y casi se cuadruplicó la cantidad de estrategias que utilizaron espacio público (véase cuadro 4). En el clímax de las protestas de 1980, iracundas amas de casa paralizaron el centro de Monterrey durante dos días con el bloqueo de calles (*El Norte*, 23 al 26-V-1980; *El Porvenir*, 23 al 25-V-1980). Esta estrategia se reiteró en distintas partes de la ciudad (*El Norte*, 7-VI-1980; *El Diario*, 24-VI-1980). Otros residentes protestaron ante el palacio del gobernador y en los SADM. Secuestraron camiones repartidores y a sus conductores, manteniéndolos como rehenes mientras exigían agua (*El Norte*, 6-VI-1980, *El Diario*, 15-VI-1980; *El Porvenir*, 7-VI-1980). La ciudad estaba en efervescencia.

Durante el verano de 1980, el tercero consecutivo de alteraciones sociales a causa de las extensas protestas, y tres años después de que el gobierno arrebatara al *Grupo Monterrey* el control del sector hidráulico, el presidente López Portillo declaró prioridad nacional al problema del agua en Monterrey. Posteriormente autorizó el *Plan Hidráulico*.

¿Por qué razón en 1980 se consideró prioridad nacional la cuestión del agua para Monterrey? Porque los regiomontanos se lo propusieron. Como ya vimos, los barrios que utilizaron espacios públicos para reclamar pertenecían a los tres grupos de bajos ingresos. Si los residentes de esas colonias y

en particular las amas de casa no hubieran reaccionado públicamente a los inadecuados servicios de agua, es muy poco probable que el gobierno hubiera percibido la gravedad del problema. Dado el particular historial de los servicios hidráulicos en Monterrey, y el programa de obras públicas iniciado a nivel nacional durante el mandato de López Portillo, es factible que se hubiera desarrollado un gran proyecto durante su gobierno. Sin embargo, parece razonable sugerir que tanto el calificar la carencia de agua de esta ciudad como problema nacional que requería una solución de la magnitud del *Plan Hidráulico*, como la inmensa campaña de propaganda derivada de la autorización presidencial del mencionado Plan, fueron respuestas a la intensa protesta popular.

El nuevo compromiso del gobierno por lograr una mejoría en el servicio hidráulico generó un impacto en la protesta social en 1981. Si bien el servicio continuó en crisis, no hubo incidentes relacionados con la lucha por el agua, según la prensa.

Sin embargo, la tregua no duraría. A pesar de las promesas oficiales, las inversiones masivas en el sistema hidráulico de Monterrey no proveerían agua antes de julio de 1984. Desafortunadamente para el gobierno, 1982 y 1983 fueron de intensa sequía, y el agua se volvió muy escasa. Por otra parte, la economía de México y con ella las finanzas de SADM, cayeron en crisis. Para 1982 se puso en vigor el racionamiento permanente para toda la ciudad. En el intervalo previo a la realización de los primeros pasos del *Plan Hidráulico*, la ciudad sufrió frecuentes déficits del 50% en el suministro, y la protesta social explotó de nuevo. La población de bajo ingreso reanudó la acción a principios de 1982, y si bien el número de incidentes y estrategias utilizadas en 1982 fue menor que el de 1978 ó 1980, la proporción de estrategias que hicieron

uso de espacio público fue mucho mayor. El 85% de todas las acciones realizadas se efectuaron fuera de los domicilios de las personas, con acciones grupales en público. Esta tendencia continuó en 1983, con un porcentaje de estrategias utilizando el espacio público mayor que los de 1978, 1979 o 1980. La protesta popular alcanzó su punto decisivo en abril de 1983, cuando hubo más incidentes que en cualquier otro mes en la historia de la lucha por agua en Monterrey. Se bloquearon calles en distintos puntos de la ciudad, incluyendo de nuevo todo el área del centro comercial (*El Sol*, 8-IV-1983; *El Norte*, 22 al 24-IV-1983; *El Porvenir*, 22, 23, 28 y 29-IV-1983). Los residentes secuestraron vehículos de SADM, exigiendo agua en sus hogares y rechazando el servicio de reparo por camiones (*El Norte*, 26-IV-1983; *El Porvenir*, 29-IV-1983). Se recibieron llamadas de todos los rumbos de la ciudad: reportaban días o semanas sin agua (*El Porvenir*, 2 y 27-IV-1983; *El Sol*, 8-IV-1983; *El Norte*, 23 y 27-IV-1983).

En marzo de 1984 el gobierno anunció el proyecto *Agua para Todos*, que resultaría el logro decisivo de esos años de protesta popular (*El Porvenir*, 10-III-1984). Con este proyecto el sistema de distribución del agua se extendería a todas las colonias de bajos ingresos que dependieran de tomas públicas o de camiones repartidores. Se diseñó a fines de 1983, tras el resurgimiento de la protesta popular de 1982 y 1983, y no formaba parte del *Plan Hidráulico* original. Monterrey se convertiría en la primera ciudad de México en extender de una sola vez conexiones domiciliarias individuales a todos los barrios más pobres.

Las obras comenzaron de inmediato, luego del anuncio del programa en 1984. Como era de esperarse, los reclamos disminuyeron en 1984 y 1985. Si bien hubo unos cuantos incidentes, fueron más bien de naturaleza aislada y no se

transformaron en protestas generalizadas. En julio de 1984 el agua comenzó a llegar de la presa Cerro Prieto, piedra angular del *Plan Hidráulico*. Para la primavera de 1985 el servicio había mejorado en toda la ciudad, y la construcción de la infraestructura proseguía en cada barrio que formaba parte del proyecto *Agua para Todos*, cuya conclusión estaba fijada para el verano de 1985 (coincidente con el fin del mandato del gobernador Martínez Domínguez).

### ANÁLISIS Y CONCLUSIONES

Hemos visto que, tras la movilización de grandes sectores de la población de Monterrey durante años, el Estado respondió con importantes mejoras al servicio de agua. Por lo tanto, parece que existen en Latinoamérica algunas grandes ciudades donde los desposeídos han podido producir un considerable impacto en el gasto público del sector hidráulico. Hay urbes en las que no lo han conseguido, y otras en las que no han tenido que movilizarse específicamente a causa del servicio.

¿Cuáles son los factores que pueden explicar esta diferencia? En el caso de Monterrey hubo varios elementos que, considerados en conjunto, crearon un ambiente sociopolítico del cual surgieron las protestas.

El más sobresaliente fue la real deficiencia del servicio. No obstante, si bien el historial de la evolución de los inadecuados servicios puede variar de una ciudad a otra, ellos no eran peores en Monterrey de lo que lo son en muchos otros centros latinoamericanos donde no se originaron protestas. De ahí que un segundo factor puede haberlo motivado: el clima. Es mucho más duro subsistir si no hay suficiente agua en un clima seco y ardiente como el de Monterrey. Son es-

casas las ciudades de importancia en Latinoamérica que tienen la población y el clima semiárido de Monterrey. Y como si no bastara, la región sufrió una intensa sequía entre 1979 y 1985, que coincidió con los años de más vigorosa protesta social.

Aunque estos fueron tal vez los factores necesarios para provocar protestas masivas, no eran en sí suficientes para explicar la capacidad de la población de bajos ingresos para movilizarse a lo largo de tantos años. Un tercer factor crítico, pues, lo constituyó el historial de movimientos sociales en Monterrey, que antecedió a las protestas por el agua.

A fines de la década de los 60 e inicios de los 70, dos importantes problemas ocasionaron el crecimiento de manifestaciones sociales en Monterrey: la autonomía universitaria y el problema de la tierra.

La primera polarizó importantes sectores de la ciudad: la comunidad universitaria, con el apoyo del presidente Echeverría, se alineó en contra del gobernador Elizondo, que estaba a su vez apoyado por el *Grupo Monterrey*. En 1971, el conflicto llevó a la renuncia del gobernador y dio la victoria a la universidad. Poco después del conflicto, un nuevo movimiento social surgió en Monterrey: la lucha por la tierra. Desde el principio, los estudiantes universitarios se involucraron en las invasiones de tierras, y proporcionaron apoyo como líderes y como residentes (Pérez Güemes y Garza del Toro, 1984). Las invasiones que comenzaron en 1971 fueron una respuesta al severo déficit habitacional, que a su vez se debía en parte al sorpresivamente alto índice de migración rural durante la década anterior. Al efectuar la apropiación directa de tierras, los poseedores pasaron por encima de la autoridad del gobierno como suministrador de albergue o de préstamos